

¿Ilusiones?... ¡¡Sí!!

«No, ciertamente en un año, una persona no puede cambiar tanto...» Hace unos pocos días que - muy a menudo me hago esta reflexión - al pensar en el cambio operado en la persona de una amiga mía, después de un año de no verla. Esta transformación, donde más concretamente se distingue, es en su rostro. Carece esta cara de un no sé qué, difícil de definir y que antes poseía. Precisamente, esta amiga mía posee unas facciones perfectísimas; es lo que todo el mundo, y en particular el sexo contrario, suele llamar una mujer guapa.

En aquella edad en que lo que creemos más elemental para la mujer es la belleza física, muchas veces había pensado yo, que de poder mejorar mi apariencia exterior, no hubiera vacilado ni un momento en cambiar la cara que desde que nació, he «llevado» siempre, con el óvalo de facciones perfectas de...M.

Tenía una bonita cabeza, y su cara, la justa expresión para convencer a toda persona que la veía, de que, efectivamente, admiraba en ella una obra de arte que la Naturaleza se complugo en elaborar... Recuérdese que, ser bella, es una suprema aspiración de toda mujer...

Digo «tenía», pues con poseer, naturalmente, idénticas facciones que un año atrás, a esa cara le falta algo, carece de aquel «no sé qué», que completaba su atractivo

Por sus ojos no se escapa aquella luz y su boca tiene un rictus decepcionado... ¡Ah! Ahora, creo haber dado en el clavo. Sí, decepción, desilusión; esto es lo que se retrata en ese rostro.

Y lamento muy de veras que esta amiga mía, a causa de estas desilusiones que todas las personas, sin excepción, vamos cosechando en el decurso de los años, vea borrado de su bello rostro, la luminosidad que antes irradiaba... No puede decirse que se haya vuelto fea, de golpe. No; su cara conserva aquella pureza de líneas de siempre, pero le falta aquella vida interior que embellece a los rostros de facciones más irregulares hasta el punto de hacerse llamar aquello de «una cara interesante». Queriendo demostrar con esta aseveración, que la persona con una mirada que delate su intensa vida interior, efectivamente, lleva «algo» dentro.

Si yo tuviera el valor suficiente que este caso requiere, le diría: «Amiga, ¿quieres conservarte siempre bella y, más que eso, joven?» ¡Sí! - sería su respuesta. (Porque ¿qué mujer no quiere ser eternamente joven y bella? ¡ay!)

«Pues debes de tener siempre un fondo de reserva de...ilusiones!. Con este bagaje, siempre se escapará por tus ojos, el brillo de la juventud, aun a los cincuenta años y...¿por qué no? también serás bella».

Muerte y entierro de ilusiones es cosa frecuente, cuando hemos pasado los felices veinte, veinticinco... Pero, por Dios, ¡conservemos alguna de las muchas ilusiones almacenadas en lo más recóndito de nuestro corazón!

Probemos de tener siempre bien tensada la cuerda de las ilusiones y salvemos de nuestra más elemental miseria esta poquita de poesía tan necesaria para vivir con el espíritu ligero y, por consiguiente, con cara alegre.

Como Dios manda.

¿Desaparición de una ilusión? La contrapartida será ver el nacimiento de otra, de dos más... Ser ricos en ilusiones, sí.

Legítima felicidad

El hombre no ha nacido para vivir solo. Necesita de los demás, de su ayuda, de su cooperación en el trabajo, de su comprensión. Nuestro corazón se llena de gozo al ver como a nuestro esfuerzo se une una mano protectora que nos guía y nos alienta para hacer efectiva esta lucha comenzada en bien de nuestros semejantes.

¡Hemos visto tanta miseria, tanta ruina a nuestro alrededor! Por un momento perdimos la fé y no creímos en nada ni en nadie. La miseria es mala consejera y la injusticia enciende el odio, el rencor y todas las malas pasiones. ¿Cómo podíamos amar a nuestros semejantes si no había en nuestro corazón más que deseo de venganza?

Dice el adagio que a grandes males grandes remedios. Ni la justicia, ni la comprensión, pueden hacernos amar lo que aprendimos a odiar. Sólo el amor convierte el odio en amor, el rencor en gratitud, el desprecio en afecto. Es algo así como un lenguaje mágico y universal que entienden todos los hombres de todas las latitudes.

La espera ha sido larga, dura, tremenda. Como los grandes edificios que no se hacen en un solo día, hemos visto nacer este ideal nuestro con temor, como si no osara levantarse al cielo por atrevido y exótico. No obstante, ha encontrado eco en un corazón hermano, ¿no es esto ya una recompensa?

Si lográramos arrancar de nuestro corazón ese materialismo corrompido que lo invade todo, si pudiéramos devolver con creces el amor que se nos entrega, la comprensión que se nos ofrece, por gratitud tan sólo, amaríamos a nuestro prójimo desinteresadamente, por una necesidad de nuestro corazón. El trabajo nos honraría como un premio, nuestros compañeros serían queridos y respetados y hasta nuestro hogar, reposo y paz después del trabajo, se nos antojaría más amable y acogedor.

¿No es justo que cada hombre honrado se construya legítimamente una pequeña porción de felicidad?

J. R.

Mira, querida amiga decepcionada: a mí, ya cuando niña, me gustaba, en las noches serenas, levantar los ojos hacia lo alto y extasiarme contemplando «aquel manto azul-negro que, de puro viejo, estaba apolilladísimo y a través de sus incontables agujeritos, se escapaba la luz celestial». ¿Sabes cuan grande fué mi desilusión cuando un amigo de mi hermano mayor me descubrió con mucho aplomo que yo era una niña rematadamente tonta al creer semejante bobada, cuando lo que yo veía, no era otra cosa que la bóveda celeste, cuajada de estrellas; otros tantos mundos como el nuestro, quizá...?

Bueno; pues mi secreto, querida amiga, consiste en seguir creyendo que, efectivamente, es la luz celestial que se filtra por los agujeritos del manto apolillado y no lo que la lógica de los pobrecitos sabios, ha dado en llamar, estrellas, planetas, galaxias..., ¡qué sé yo! - GRÉVOL